

CESEDEN

UNA ESTRATEGIA PARA OCCIDENTE

Punto de vista americano

- por el Dr. Wynfred JOSHUA, Director Adjunto del Centro de Estudios Estratégicos del Stanford Research Institute,

(De la revista "Strategie", Traducido por el Coronel Sancho Sopranis del CESEDEN).

Abril, 1974

BOLETIN DE INFORMACION NUM. 82- IV

Para la política americana de los años 70 respecto a Europa occidental, el problema esencial sigue siendo el de los años 60: ¿cómo puede la Alianza occidental mantener una disuasión creíble y una actitud defensiva? Pero como el contexto estratégico y político ha cambiado, la solución, para este decenio, será probablemente muy diferente de aquella en la que se pensó hace diez o doce años.

A partir de 1960, Washington vio el advenimiento de un equipo de consejeros políticos decididos a hacer que la NATO dependiese menos de los armamentos nucleares y a aumentar en contrapartida, para Occidente, el elemento convencional. Buscando, frente a un ataque limitado, una defensa más creíble que la estrategia de las represalias masivas, el concepto estratégico de los años 60 se limitaba a una defensa en gran parte convencional para retardar durante el mayor tiempo posible el recurso a las armas nucleares, incluidas las armas tácticas. Esta necesidad de un límite elevado de empleo del arma nuclear tenía como consecuencia el mantener bajo control americano las armas puestas a disposición de la Alianza. Llevada hasta su conclusión lógica, la teoría de la respuesta graduada ("flexible response") de los años 60 exigía asimismo que los EE. UU. se opusiesen a la creación, por parte de sus aliados, de fuerzas nucleares nacionales.

Los esfuerzos americanos para volver a meter en su botella al duende nuclear reflejaban una preocupación muy comprensible ante los progresos soviéticos en materia de armamentos nucleares. Las perspectivas de una capacidad nuclear estratégica soviética significaban que los EE. UU. serían vulnerables a un golpe nuclear en el caso de un conflicto armado -- con la URSS. A los ojos de los europeos occidentales, sin embargo, esta evolución de la estrategia americana parecía querer imponer que un conflicto quedase limitado a Europa, si la disuasión llegase a fallar. Los puntos de vista de Kennedy y de Johnson tuvieron como resultado, en 1967, la obtención de la NATO de una aprobación reticente del concepto de la res-

puesta graduada pero apresuraron la retirada francesa de los mandos integrados de la NATO y dejaron la Alianza en un estado de crisis endémica - que amenazaba con debilitar la fuerza misma de cohesión que unía a América con sus aliados.

El desafío de los años 70

Aunque existen indicios de que la versión americana de la respuesta graduada haya sido modificada, ningún concepto claro ha sido todavía enunciado por Washington. La interpretación de la respuesta graduada, denominación por otra parte muy imprecisa, sólo puede ser ambigua y depende de la tendencia política del comentarista. Sin embargo un cierto número de factores muestran que es preciso mantener una alianza sólida y digna de confianza e imaginar una estrategia aceptada por todos y más unificada que nunca.

En primer lugar y pese al clima de distensión, no existe ninguna prueba de un cambio en los objetivos fundamentales de los soviéticos en Europa - sus metas a largo plazo siguen siendo:

- 1.- disociar la Alianza occidental,
- 2.- alejar de Europa el "paraguas" estratégico americano,
- 3.- eliminar la presencia militar y política de los EE.UU.,
- 4.- y finalmente modificar la situación política hasta el punto - que los soviéticos puedan llegar a una "finlandización" de Europa.

Tampoco ha aflojado Moscú sus esfuerzos con vistas a mejorar los medios destinados a estos objetivos. Durante los últimos años, particularmente, la URSS ha perfeccionado constantemente la calidad de su potencial aéreo y aumentado substancialmente las fuerzas navales que mantiene sobre los flancos de Europa. En materia de fuerzas convencionales, conserva la ventaja sobre el continente europeo merced a sus efectivos masivos, a sus blindados y a su aviación táctica. En cuanto a la estrategia nuclear, el acceso de la URSS a la paridad estratégica con los EE.UU. ha suscitado inquietudes generales en Washington y en las capitales europeas, donde se piensa que la amenaza de las fuerzas nucleares estratégicas americanas se encuentra totalmente neutralizada, excepto en el caso de un ataque directo al territorio de los EE.UU.. La URSS ha intentado, naturalmente, acen--

tuar este sentimiento en Europa occidental. En esta situación de paridad estratégica con los EE.UU. y de superioridad convencional en Europa, la URSS trata de convencer a los europeos occidentales de la futilidad de sus esfuerzos de defensa. En forma muy sutil, Moscú explota con fines políticos su preponderancia militar en Europa.

En segundo lugar, los EE.UU. están sometidos a presiones internas crecientes que tienden a reducir los créditos de defensa y los efectivos en ultramar, como resultado de la enmienda MANSFIELD para retirar las tropas americanas de Europa. De hecho, en vez de ser presentado a la tribuna del Senado, esta última enmienda ha sido hecha pública por la Comisión del Presupuesto del Senado, lo que le da más peso y podría ganarle más votos marginales en la próxima ocasión. Las presiones en cuanto a la reducción de las fuerzas americanas provienen, en parte, de estos círculos militares que preconizan el descompromiso de América; representan también un intento de remediar el desequilibrio de la balanza de pagos (1) y, a fin de cuentas, están inspiradas por consideraciones de mano de obra y por coacciones presupuestarias. En resumen, y para el resto del decenio, la tendencia en los EE.UU. se orienta firmemente hacia una reducción de tropas americanas en Europa. Sin embargo, cualquier retirada apresurada de estas tropas disminuiría considerablemente la confianza en el compromiso americano y dejaría a los aliados europeos más vulnerables a la presión política soviética.

Como tercer factor que tiene repercusiones en la Alianza, se puede citar los esfuerzos de Washington para pasar de la era del enfrentamiento a la de la negociación. La segunda serie de las conversaciones sobre la limitación de las armas estratégicas (SALT) está en curso al igual que la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE) y las conversaciones acerca de la reducción mútua y equilibrada de fuerzas (MBFR). Las negociaciones bilaterales y multilaterales con la URSS ponen de manifiesto la urgencia del refuerzo que hay que aportar a la cohesión política de

(1) Una estimación del coste real de las fuerzas americanas en Europa y de su mantenimiento en los EE.UU. se eleva aproximadamente a 7 mil millones de dólares anuales; los gastos relativos solamente a las fuerzas estacionadas en Europa occidental llegan a los 4 mil millones de dólares que contribuyen en mil millones en el déficit de la balanza americana de pagos.

No obstante, se pueden encontrar otras cifras más o menos elevadas en escritos que tratan de este tema.

la Alianza, sin lo que sería difícil llegar a la adopción común por parte de los EE.UU. y de sus aliados de una idea directriz común en lo que se refiere a SALT II, CSCE y MBFR; lo mismo sucedería en cuanto a la puesta - por obra común de una estrategia coherente, establecida para alcanzar una serie de objetivos comunes y que conviniese a la nueva ecuación estratégica. No conseguir definir claramente tal estrategia impediría precisar la utilidad política y militar de los diversos componentes de las fuerzas americanas y aliadas destinadas a aplicarla. No dispondríamos de ninguna referencia para seleccionar los elementos susceptibles de ser la puesta de un regateo durante las negociaciones. Sería asimismo imposible definir cuál sería la actitud más favorable que deberían adoptar los aliados occidentales durante el periodo de las negociaciones. La Alianza occidental se halla ante un grave dilema mientras que sus objetivos de disuasión y de defensa siguen siendo valederos.

Parece por lo tanto que no haya más que una solución para Occidente: concentrar todas sus fuerzas para restaurar la confianza en la Alianza a la par que su cohesión y permitir de este modo a Europa occidental resistir a la presión política de la URSS, consecuencia del aumento constante de su potencia militar. Esto lleva consigo la necesidad de definir en común un concepto estratégico y la correspondiente actitud de las fuerzas militares con el fin de disuadir en todos los niveles una agresión soviética y, por ello, contribuir a aligerar la presión de Moscú basada en la amenaza de esta agresión. Ni que decir tiene que tal concepto estratégico debería ser militarmente realizable y eficaz, pero a veces se comprende menos que debería ser también políticamente aceptable por los EE.UU. y por sus aliados. Aunque la NATO haya adoptado oficialmente la idea de una respuesta graduada, los aliados no han aceptado nunca verdaderamente la versión americana consistente en dar preferencia a la defensa convencional y si actualmente esta teoría de la respuesta graduada sigue en vigor, las distintas interpretaciones que de ella se dan divergen considerablemente. Las diferentes ideas relativas al papel de las armas nucleares, incluidas las armas tácticas, son el meollo de la controversia acerca del concepto estratégico de la NATO. El presidente Nixon ha hecho resaltar bien este hecho cuando ha preguntado: "Además de su poder de disuasión de la guerra, ¿cómo podrían emplearse en Europa las armas nucleares tácticas para hacer frente a cada una de las amenazas militares del Pacto de Varsovia?".

Con vistas a facilitar las discusiones relativas a la actitud que Occidente debería adoptar, esta exposición esboza un concepto estratégico susceptible de responder a los desafíos militares así como a las presiones políticas. Trata de tener en cuenta esta complicada madeja que forman las

susceptibilidades y los temores de los europeos, sin perder de vista las exigencias formuladas en Washington en pro de una retirada, por lo menos parcial, de las tropas americanas.

Necesidad de la flexibilidad y de la incertidumbre

El deseo de beneficiar de una disuasión representa, en estrategia, la preferencia esencial de Occidente. El espectro de un nuevo conflicto devastador que se abatiera sobre el continente sigue obsesionando los espíritus de los aliados occidentales. No tienen ganas de verse implicados en una guerra, sea ésta larga o corta. Su única preocupación es hacer la disuasión tan fuerte como sea posible y, si ésta fracasara, obligar a la URSS a desistir de su agresión en el plazo más corto, en condiciones aceptables para Occidente y al precio de los menores daños para Europa occidental.

La disuasión determina todas las actitudes políticas y militares y la meta consiste en convencer al adversario que los EE.UU. y sus aliados tienen:

- 1.- la capacidad militar,
- 2.- la voluntad de utilizar esta capacidad,
- 3.- una estrategia eficaz que, si fracasara la disuasión, pondría al enemigo en la imposibilidad de prever que género de respuesta podría provocar su agresión eventual.

La amplitud imaginable de la respuesta debería, esperamos, — persuadir a la URSS de que cualquier ataque arrastraría para ella un riesgo inaceptable. Pero esto significa que los aliados occidentales puedan disponer de una amplia gama de decisiones que les permita, en todos los niveles, responder a un ataque de la URSS que se vería obligada a detener su agresión y a replegarse. Esto significa asimismo que la decisión particular que hayan de desarrollar los aliados no deberá ser fijada de antemano, sino que por el contrario deberá permanecer incierta. En resumen, la estrategia de la Alianza occidental debería garantizar mucha flexibilidad a los aliados y al mismo tiempo mantener en la incertidumbre a sus adversarios del Pacto de Varsovia. Estos principios fundamentales deberían servir de base a un concepto estratégico duradero.

Papel de las fuerzas estratégicas americanas

Es evidente que el "paraguas" nuclear americano supone un elemento crítico en la disuasión de la agresión soviética. Mientras las tropas americanas y las fuerzas nucleares permanezcan en Europa, es probable que la URSS admitirá la existencia de una relación permanente entre la defensa de Europa occidental y la potencia nuclear estratégica americana. Y pese a este punto de vista soviético, resulta cada vez más difícil para los EE.UU. convencer a sus aliados que siguen cubiertos por la garantía nuclear estratégica americana, incluso en este periodo de paridad de las superpotencias. La relación estratégica nuclear entre los EE.UU. y sus aliados es un elemento esencial pero que inspira mucho menos una confianza que debería ser restaurada. Por una parte, es precisamente la existencia de la paridad la que exige el refuerzo de los vínculos con las fuerzas de represalia americanas y por otra parte la necesidad de un trabajo en común si que siendo el meollo de las preocupaciones estratégicas europeas.

A la luz de estas consideraciones, los EE.UU. deberían reforzar esta parte de su panoplia militar que puede ser empleada para comunicar el sentido de la acción común, lo que muestra la necesidad de disponer de una cierta capacidad de acción contra-fuerzas en las unidades estratégicas americanas para que su empleo siga siendo creíble. El acuerdo provisional SALT (mayo de 1972) acerca de misiles ofensivos no prohíbe a los EE.UU. perfeccionar sus fuerzas estratégicas, por ejemplo mejorando las posibilidades de sus MIRV mediante una mayor precisión de sus cabezas. Esto no quiere decir que los EE.UU. deban dotar de MIRV la totalidad de su fuerza ofensiva estratégica, ni que estén obligados a buscar una capacidad de acción contra-fuerzas que pueda amenazar a todos los misiles estratégicos apuntados a Europa occidental. Después de todo, las fuerzas nucleares estratégicas británicas y francesas contribuyen también a las necesidades de disuasión estratégica. En este momento, es imposible decir cuál debería ser la amplitud de la capacidad de acción contra-fuerzas de los EE.UU., pero su existencia debe ser evidente tanto para sus aliados como para la URSS.

Más allá del perfeccionamiento militar de las fuerzas de represalia se dibuja su credibilidad política. En última instancia, el vínculo entre las fuerzas americanas estratégicas y la defensa de Europa occidental depende de un compromiso político. Por ello, los EE.UU. deben, una vez más, afirmar claramente -con ocasión de declaraciones acerca de la política exterior y durante conversaciones menos oficiales- que su escudo nu-

clear está inexorablemente vinculado a la seguridad de sus aliados atlánticos. En el caso de Alemania Federal, objetivo esencial de las presiones soviéticas, tal decisión podría adoptar la forma de un compromiso bilateral - Washington - Bonn.

Papel de las capacidades nucleares

francesas y británicas

Considerado desde Washington y desde las capitales europeas, es este un problema complejo y cargado de riesgos políticos, el de las capacidades estratégicas nucleares de Europa occidental y de sus relaciones con la disuasión estratégica americana. Y no obstante el curso de los acontecimientos es tal que esta cuestión no puede ser eludida, ni dejada en silencio, ya que se aplica al mismo corazón de las relaciones atlánticas y de su evolución.

Británicos y franceses han pretendido durante largo tiempo que las fuerzas nucleares ganaban credibilidad cuando estaban bajo el control nacional. Incluso una fuerza nuclear modesta, pero a disposición de la víctima eventual, sería más creíble que la panoplia nuclear del más potente de los aliados, cualquiera que sea su proximidad. Más persuasivo parece ser el argumento según el cual, en el momento de la preparación de una agresión, o de una fuerte presión contra una potencia nuclear menor, Moscú debería preguntarse si la importancia de tal objetivo permite correr el riesgo que atraerá una respuesta nuclear. Hay también mucho que decir en favor del hecho que la existencia de fuerzas nucleares nacionales, bajo mando nacional independiente, multiplica las incertidumbres y complica los cálculos para el agresor eventual. Unas fuerzas nucleares británicas y francesas - eficaces contribuirían a la disuasión a nivel de teatro de operaciones y, por ello, a la capacidad general de disuasión de Occidente.

Para Washington, la alternativa ya no es la que se imponía a los consejos políticos americanos a principios de los años 60 y que ha llevado al fallo del MLF: elegir entre un control americano exclusivo y un control mixto de las capacidades nucleares estratégicas de la Alianza. Las fuerzas nucleares estratégicas francesas y británicas se constituyen y se desarrollan pese a su peso considerable sobre la economía y a las dificultades de un esfuerzo personal. El problema para los EE.UU. consiste ahora en elegir entre la fórmula del "dejar hacer" y la de la ayuda efectiva a Gran Bretaña y a Francia en su intento de dotarse de capacidades nucleares vale

deras, habida cuenta de las coacciones interiores y de las obligaciones de los tratados internacionales.

Esta elección parece ya orientada por la necesidad de reforzar el conjunto de la situación occidental en Europa y de afirmar los sentimientos de confianza entre los EE.UU. y sus principales aliados. Aparece otro factor cuando se considera en forma global el desarrollo a largo plazo de la política americana. La Doctrina Nixon considera una asociación América-Europa occidental en un mundo multipolar. Como los EE.UU. han admitido que ya sólo disponen de medios restringidos para apoyar su estrategia, esta asociación debe tener como consecuencia dejar una mayor independencia a Europa. Considerando el peso representado por las armas nucleares en la evaluación de las potencias, Europa occidental, para ser independiente, debe adquirir una capacidad nuclear suficiente y disponer de ella. Ante la permanencia de las tendencias nacionalistas en Europa occidental, la decisión más realista consistiría en dar prioridad al refuerzo de las posibilidades nucleares británicas y francesas. Y por otra parte, habida cuenta del hecho de la paridad estratégica, sería ventajoso para los EE.UU. disponer de un argumento que pudiera ser opuesto a cualquier disminución de confianza en su garantía nuclear. Nadie pone en duda que una de las metas prioritarias de la URSS consiste en conseguir la retirada de la protección estratégica americana concedida a Europa. E incluso si se creyera, en las capitales europeas, en una retirada americana, el hecho de disponer de posibilidades nucleares convenientes bastaría para mantener la confianza. La impresión provocada por la eventualidad de un descompromiso americano podría ser neutralizada y la misma realización de este descompromiso sería menos peligrosa si se formasen poco a poco fuerzas nucleares verdaderamente eficaces en Europa gracias a la ayuda americana.

No obstante, para demostrar la cohesión y la resolución de los aliados frente al Pacto de Varsovia dominado por los soviéticos, las fuerzas nucleares estratégicas británicas y francesas deberían finalmente estar organizadas dentro de un conjunto europeo más amplio que podría ser, si no la NATO, por lo menos un edificio semejante al de la Unión Europea Occidental o también la Comunidad Europea. Una organización de este tipo sería también muy importante para aplacar las inquietudes de Alemania Federal que podría temer perder la protección de los EE.UU. y de verse a la par relegada al rango de potencia de segundo orden respecto a Gran Bretaña y a Francia. En cambio, no hay ninguna razón para insistir para que cualquiera de estas dos naciones no acepte ya ejercer sus derechos de control en última instancia sobre fuerzas nucleares y abandone sus planes nacionales. Antes de la aparición de la paridad nuclear, la disuasión estrat

tégica americana protegía convenientemente a Europa occidental, pero seguía siempre bajo la autoridad absoluta de los EE.UU. y la exigencia británica de disponer de semejante autonomía fue asimismo admitida.

Una capacidad nuclear suficiente en Europa occidental tendrá su papel en el concepto estratégico de Occidente y esta observación suscita el problema de la colaboración nuclear franco-británica. Muchos factores hacen difícil tal acuerdo y no es nuestra intención examinar los argumentos que podrían frenar o favorecer un acuerdo de este género. Basta enumerar algunos elementos desfavorables para comprender que las perspectivas de una colaboración real siguen todavía estando lejanas.

- divergencias entre los conceptos estratégicos de Londres y de París;
- desigualdad de niveles de tecnología nuclear de ambos países;
- ausencia de intereses económicos apremiantes;
- graves coacciones políticas.

Lo mismo sucede en cuanto a las probabilidades de un acuerdo nuclear franco-americano en el marco de la NATO. La eventualidad de un retorno de Francia al seno de la NATO parece muy poco probable a causa de la insistencia de este país en conservar plena autoridad sobre sus propias fuerzas y de su repugnancia a participar en acuerdos que podrían arrastrar lo automáticamente a operaciones militares. Para el futuro próximo, la solución parece residir en los acuerdos bilaterales.

Existe ya, y desde hace tiempo, un cierto grado de cooperación nuclear entre americanos y británicos y los EE.UU. podrían considerar su ampliación. Un intento de este tipo encontraría menos obstáculos interiores en América que un acercamiento a Francia en el terreno nuclear. Es cierto que esta sensación de malestar, que se ha extendido en las relaciones franco-americanas durante los años 60, ha tenido por origen una incompatibilidad entre las aspiraciones nucleares de Francia y la determinación americana de detener la proliferación nuclear. No obstante, la llamada del presidente Nixon para una asociación más significativa va mucho más allá de un ofrecimiento para compartir más equitativamente las cargas; permite aceptar más fácilmente a Francia como potencia nuclear. Debido a la eficacia de la Administración Nixon, los argumentos en pro de una ayuda nuclear americana a Francia deberían poder superar las críticas interiores, incluidas las que emanan del Congreso.

Por lo menos, la Administración americana puede estimular la búsqueda de una solución, dedicándose con ardor a la explotación de los caminos susceptibles de llevar a una colaboración con Francia. Hay que respetar dos consideraciones tácticas durante este intento:

- 1.- Los debates han de ser organizados y conducidos de manera que no den la impresión que, bajo esta búsqueda americana de una cooperación se esconde una intención de disociar las fuerzas nucleares estratégicas de la defensa de Europa occidental;
- 2.- Los EE.UU. deberán abordar el problema con mucha circunspección y su ayuda efectiva deberá ser muy progresiva.

Como contrapartida de su aportación al programa nuclear francés, los EE.UU. deberían pedir que Francia aumentara su participación en la preparación de la defensa de Europa en función del aumento de la ayuda americana, que intensificará su esfuerzo en este sentido. Es evidente que habrá que evitar poner condiciones manifiestamente inaceptables por Francia de poner en juego su soberanía o la independencia de sus Fuerzas Armadas. Sus dirigentes siguen pensando que no pueden fiarse de ningún aliado extranjero para la defensa última de su país. Pero los EE.UU. pueden esperar conseguir una mejora de las relaciones políticas franco-americanas, lo que, a largo plazo, consolidará el conjunto de la situación defensiva de Occidente. Tal resultado sería una bonita recompensa. Al completar el programa nuclear y la tecnología de Francia, los EE.UU. harán surgir una situación que hará posible una cooperación nuclear franco-británica. El titubeo de los EE.UU. para entablar un diálogo nuclear con París es comprensible, porque fueron escaldados por su expulsión de lo que era el suelo hospitalario de Francia a la par que perdían todas sus esperanzas, rotas por los franceses, de llegar a la integración militar de la NATO y a la unión política europea. Sin embargo, el problema está ahora planteado y la rápida evolución de la situación estratégica exige una solución. Si Francia ya no está integrada en la Alianza, puede llegar a ser un aliado fiel, tanto más decidido a defender a Occidente cuanto más se sienta vinculada a su suerte.

Papel de las fuerzas nucleares tácticas y convencionales.

La amenaza de las fuerzas estratégicas americanas y de las posibilidades nucleares francesas y británicas está, en general, destinada a

disuadir a los soviéticos de llevar a cabo una agresión; si la disuasión llegara a fracasar, impediría que la escalada alcanzara el nivel nuclear sobre el teatro de la guerra. Los sistemas nucleares americanos establecidos en Europa contribuyen a satisfacer las exigencias de la disuasión. Comprender los sistemas de bases avanzadas (FBS) y especialmente las unidades aéreas de gran radio de acción, dotadas de armas nucleares, que ocupan su lugar en la cadena de la disuasión. Para los aliados europeos, esta aviación es la prueba manifiesta del compromiso americano de defensa de Europa occidental. En el teatro europeo, los sistemas nucleares americanos son los únicos que pueden atacar objetivos en territorio soviético. Esto no significa necesariamente que si la disuasión fracasara los europeos desearían atacar inmediatamente a la URSS; pero aprecian la utilidad política de disponer de un sistema bien aparente, capaz de tal acción. Por todas estas razones, la Aviación contribuye a la cohesión de la Alianza. Las capitales aliadas han considerado con mucha aprensión las propuestas soviéticas, tan ampliamente divulgadas, de incluir en SALT I los sistemas de bases avanzadas; fueron interpretadas como un nuevo intento de eliminar del continente el "paraguas" nuclear.

Nuestra aviación es sin embargo vulnerable a un ataque preventivo soviético. Sus posibilidades de atravesar las defensas aéreas del Pacto de Varsovia son limitadas; además, el coste de estos aparatos y de su mantenimiento es relativamente elevado. Si en el porvenir esta aviación llegara a ser sustituida por otros medios mejor adaptados (misiles, por ejemplo), habría que avisar a nuestros aliados y convencerles de que tal medida no supone el principio de un descompromiso de Europa occidental. Además, cualquiera que sea el sistema de sustitución, debería satisfacer ciertas exigencias de nuestros aliados: estar ostensiblemente instalado en el continente, tener el alcance suficiente para batir, en caso necesario, objetivos en la URSS. No obstante, las FBS y las fuerzas estratégicas americanas y aliadas, no pueden bastar, solas, para disuadir a un adversario de llevar a cabo una agresión convencional limitada, incluso masiva.

Finalmente y pese a la presencia de las fuerzas americanas si los soviéticos llegaran a creer que los EE.UU. ya no tienen la voluntad de defenderse y, en caso necesario, de recurrir al empleo de las armas nucleares, o que la firmeza de sus aliados ha disminuido considerablemente, podrían estar tentados de adoptar una política cada vez más belicosa. Tal política podría, bien deliberadamente, bien por accidente o por error de cálculo, llevar finalmente a una agresión armada contra Europa occidental. En tales circunstancias, la acción soviética más probable sería de tipo convencional antes que nuclear, con el fin de evitar inútiles destrucciones secunda

rias y de apoderarse de una Europa tan intacta como sea posible. Para no brindar a los americanos objetivos dignos de contra-ataques nucleares, los soviéticos atacarían sin duda en formaciones relativamente dispersas.

Para detener una operación de sondeo o un ataque convencional limitado, es absolutamente indispensable que los EE.UU. y sus aliados conserven fuerzas convencionales suficientes. Si, no obstante, la URSS persistiera en su agresión, los aliados occidentales deberían emplear sus tropas para canalizar las formaciones enemigas hacia zonas más favorables para el contra-ataque y hacia objetivos nucleares. Si la presión enemiga se mantuviese, los aliados recurrirían entonces a las armas nucleares tácticas para aniquilar estas penetraciones. Sería preciso emplear muy pronto estas armas tácticas debido a la superioridad soviética en cuanto a unidades convencionales. Parece completamente impensable para los aliados occidentales el aumentar sustancialmente sus unidades convencionales. Los EE.UU., que se debaten contra presiones internas tendentes a conseguir la reducción de los efectivos en ultramar, no pueden pensar en ningún aumento en este terreno; lo mismo sucede en Europa occidental. Además, los aliados desean evitar una guerra convencional prolongada en su continente.

Para mantener al enemigo en la incertidumbre, no se deberá fijar de antemano el momento en que deberán ser empleadas las armas nucleares tácticas; este momento será elegido en función de las fluctuaciones de la situación militar real. El fuego nuclear táctico puede ser utilizado como complemento de los fuegos convencionales para detener infiltraciones anterior a cualquier ruptura, efectiva o potencial. Los golpes nucleares deberán ser efectivos y dirigidos contra objetivos militares, pero ejecutados de modo que se limite al mínimo los daños secundarios.

Como respuesta, la URSS podría, desde luego, considerar una escalada. Pero ante la resolución de utilizar las armas nucleares manifestada por los occidentales, habría de tener en cuenta el riesgo de un ataque nuclear a su propio territorio. A menos que estuviera decidida a apoderarse de Europa sin preocuparse de las consecuencias, la URSS debería estar obligada a detener su agresión y a replegarse cuando los aliados emplearan ostensiblemente las armas nucleares tácticas.

Sin embargo, y para constituir una defensa nuclear táctica más creíble, los componentes tácticos de las formaciones deben ser mejorados. Según un análisis reciente, el arsenal actual de las armas nucleares tácti-cas americanas apenas responde a las exigencias políticas de los europeos relativas a la limitación de los daños secundarios; estas armas tienen en --

efecto un excesivo tenor de materias fisiles, su potencia es demasiado elevada y su precisión es insuficiente. Pero esta necesidad de armas nucleares tácticas más "limpias" y más precisas pueden ser satisfecha por una tecnología actualmente bien a punto, lo que hará la situación defensiva de Occidente políticamente más aceptable para los aliados y militarmente más valedera.

En materia de armas nucleares tácticas, los adelantos técnicos entrañan la supresión de las armas de radiación, lo que puede limitar considerablemente las recaídas pero aumenta el efecto de sople. Estas armas podrían ser empleadas contra objetivos relativamente resistentes como depósitos y almacenes. Por otra parte, las armas de fuerte radiaciones que tienen efectos de sople y de calor restringidos, emiten radiaciones instantáneas sin crear productos radiactivos de larga duración. Por lo tanto podrían ser utilizadas como armas contra personal. Se ha pensado también que sería interesante poder emplear armas tácticas de radiactividad inducida para limitar o prohibir el paso del enemigo por una zona determinada durante un tiempo dado, según las necesidades operativas. Como estas armas emiten una radiactividad de bastante corta duración, no presentan el peligro de una contaminación persistente. Serían muy eficaces para prohibir al enemigo ciertas zonas esenciales de paso. En resumen, existe toda una gama de pequeñas armas nucleares que permite conseguir efectos muy diversificados.

Dado el muy alto grado de precisión actualmente asegurado por los sistemas de lanzamiento gracias a la televisión, al laser y demás medios de conducción, es posible reducir en gran medida las potencias de las armas de vanguardia. Esta posibilidad de desencadenar fuegos precisos, -- concentrados, de baja potencia, favorece al máximo la maniobra, la descentralización, la dispersión y la disimulación. De ello resulta para Occidente una capacidad de sorpresa muy aumentada, lo que complicará seriamente los problemas para el adversario y, por ello mismo, refuerza la disuasión así como la situación defensiva de los aliados. Si estas armas diversas entraran en servicio, contribuirían a reforzar una estrategia tendente a anular la ventaja de los soviéticos, que disponen del número y de la posibilidad de una guerra relámpago.

No hay que deducir de este razonamiento que sería necesario -- adoptar una estrategia de defensa que requiera en gran medida las armas nucleares tácticas, porque disgustaría a los europeos tanto como la estrategia de tipo convencional de los años 60 y, con toda probabilidad, tampoco sería aceptada por la mayoría de los hombres políticos de Washington. En cam-

bio, un nuevo elemento nuclear táctico, capaz de una gran precisión, unido a una fuerza convencional asimismo mejorada, supondría un conjunto apto para satisfacer las exigencias políticas de los daños limitados a la par que responde a las necesidades de flexibilidad y de eficacia del campo de batalla.

El hecho que las fuerzas convencionales aliadas de Europa pueden ser mejoradas ha sido establecido en muchas ocasiones. El estudio hecho, por el Comité de los planes de defensa de la NATO ("Alliance Defence for the Seventies", o "AD70") ha señalado una serie de deficiencias que afectan a las fuerzas aliadas. Mas en este terreno se podría hacer mucho para aumentar la eficacia de las fuerzas convencionales occidentales, empleando tecnología de punta relativa a los sistemas de armas dotados de gran movilidad y de gran precisión para la adquisición de los objetivos (artillería, misiles contracarros y antiaéreos). Los sistemas de conducción terminal - autónoma adaptados a los misiles, a la artillería o a otras armas permitirían alcanzar un blanco con una precisión quirúrgica. Las repercusiones - sobre el precio de coste de las unidades de combate serían pronto evidentes si se recuerda que durante la segunda guerra mundial y la de Corea hacían falta de 200 a 300 proyectiles para causar una baja al enemigo. El misil TOW, seguido a la vista y guiado por hilo, representaba ya un serio progreso en el armamento contracarro. Y sin embargo no está provisto de un dispositivo de conducción terminal autónoma sino que depende de un tirador - que lo dirige desde el lugar de lanzamiento hasta el objetivo. Es fácil comprender la mejora que supondría para esta arma un sistema de conducción autónoma.

Hacen falta largos estudios para juzgar la utilidad política y militar de estas armas muy elaboradas y para apreciar sus repercusiones en los problemas de mano de obra y de gastos, así como en la doctrina y la estrategia. Sin embargo, en el estado actual y a título de ensayo, se pueden sacar cuatro conclusiones:

- 1.- El proyectil de conducción terminal autónoma se lanza desde alguna parte por encima del objetivo y desde allí puede dirigirse de por sí hacia éste; el medio de lanzamiento y la conducción - inicial del ingenio pueden por lo tanto ser, generalmente, bastante sencillos y poco costosos.
- 2.- Como ya hemos subrayado, estas armas elaboradas, dada la - certidumbre de alcanzar el objetivo, permiten ahorrar mano de obra y material y por lo tanto reducir los gastos.

- 3.- Esta nueva tecnología podrá en muy gran medida compensar, - por su calidad, la ventaja soviética de la masa.
- 4.- Armas convencionales, guiadas con precisión, permiten el empleo de pequeñas unidades y favorecen la movilidad, la dispersión y la flexibilidad.

Estas características sugieren la creación de una estructura de fuerzas semejantes a las de las armas nucleares tácticas y precisas de vanguardia. Estas dos clases de armas parecen estar en condiciones de hacerse cargo de los objetivos complementarios: los objetivos puntuales a cargo de las armas convencionales y los objetivos fuertemente protegidos así como los conjuntos de objetivos a cargo de las armas nucleares. Por todas estas razones, el problema de la dualidad de las posibilidades que despistaba a los planificadores militares desde la aparición de las armas nucleares tácticas, parece que va camino de ser resuelto.

La entrada en servicio en Europa de armas convencionales y nucleares guiadas con precisión permitiría actuar eficazmente contra los blindados y contra la aviación táctica soviéticos, que constituyen lo esencial de la amenaza ofensiva de la URSS. Además, dando prioridad a sistemas con tracarros y antiaéreos, Occidente sigue observando una actitud verdaderamente defensiva. Armas nucleares tácticas, mejoradas en cuanto a precisión y a "limpieza", contribuirían a disuadir a la URSS de atacar en formaciones masivas y podrían hacerse cargo de los objetivos más importantes. Por su parte, fuerzas convencionales, disponiendo asimismo de armamentos más precisos, podrían disuadirla de atacar en formaciones más dispersas y se harían cargo de los pequeños objetivos sin dejar de participar en la defensa nuclear. Habida cuenta de la protección de conjunto proporcionada por las fuerzas estratégicas americanas y europeas, las posibilidades de acción común de estos dos elementos tendrían una importancia considerable - para dar jaque a las tácticas de la URSS y anular su potencia militar, ya sea considerada como un instrumento de guerra o como medio de presión política.

Aunque la entrada en servicio de la panoplia completa de los sistemas de vanguardia no pueda ser posible antes del final de este decenio, algunos de sus elementos han sido ya utilizados, como el Maverick y el Wallye (misil aire-tierra con conducción autónoma por televisión). La defensa de Europa occidental será mucho más eficaz si se quiere dar prioridad a las armas elaboradas, convencionales y nucleares. Será entonces posible evaluar las consecuencias en materia de mano de obra y de presupuestos mi

litares. Y, lo que es más, la existencia de estas armas elaboradas podría reforzar las posiciones occidentales en el momento de las negociaciones -- con la URSS acerca de la reducción de tropas, sin debilitar nuestra disuasión ni nuestro sistema de defensa.

Hasta ahora, el interés se ha concentrado principalmente en los problemas de Europa occidental; pero no habría que olvidar la necesidad de ocupar situaciones de fuerza en los flancos Norte y Sur de Europa. Ni los factores geográficos ni los políticos favorecen una defensa local eficaz del ala Norte. Ni Noruega ni Dinamarca han autorizado el estacionamiento de tropas extranjeras o de armas nucleares en sus territorios, aunque el Ejército danés disponga de ingenios tierra-tierra "Honest John", cuyas cabezas nucleares no están almacenadas en territorio danés. Dinamarca piensa incluso reducir substancialmente sus fuerzas militares y sus créditos de defensa. Probablemente más que en cualquier otra parte, la seguridad del flanco Norte depende de la fuerza de la Alianza, considerada en su conjunto.

En el flanco Sur, la Sexta Flota americana es un elemento esencial para la seguridad de Occidente. La retirada de esta fuerza naval pondría en grave peligro todo el flanco Sur de Europa occidental y dejaría a nuestros aliados meridionales bajo la amenaza aplastante de la potencia terrestre y aérea de la URSS a la que ya no opondría la contrapartida de la disuasión local asegurada por una presencia militar americana significativa. Por otra parte, para Grecia y Turquía la NATO se ha identificado siempre a su miembro más poderoso y en su situación la intrusión naval soviética - en el Mediterráneo subraya aun más la necesidad permanente de esta presencia militar americana. El despliegue ostensible de la Sexta Flota traduce en forma tangible las preocupaciones americanas y demuestra a los Estados de esta región, miembros de la NATO, que existe una posibilidad distinta de la de una orientación neutralista o pro-soviética. Cualquiera que sea la tendencia política actual del régimen de Atenas, el acuerdo EE.UU.-Grecia relativo a las bases navales refuerza, a los ojos de los aliados, el valor del compromiso americano. Para el decenio actual, parece que nada puede sustituir la presencia naval americana para garantizar la seguridad del flanco Sur.

Perspectivas para los años 70

Es posible imaginar una estrategia valedera para la Alianza, - aunque esta última se vea asaltada por problemas: debilitamiento de la co-

hesión de los aliados, iniciativas políticas cada vez más numerosas y potencia creciente de la URSS. Tal estrategia debería, dentro de una organización de conjunto coherente, repartir los papeles respectivos de las fuerzas nucleares estratégicas americanas, de los sistemas disuasivos británicos y franceses y de las fuerzas nucleares tácticas y convencionales, dentro del teatro de operaciones así como los de los elementos navales en los flancos. Para reforzar el sentimiento de unidad, las fuerzas estratégicas americanas necesitarían cierta capacidad contra-fuerzas. Para mejorar la situación general, convendría reforzar las posibilidades nucleares británicas y francesas, lo que se podría hacer fuera del marco de la NATO. Finalmente y para dar más credibilidad a la defensa, habría que transformar y perfeccionar sus componentes nucleares tácticos y convencionales.

A fin de cuentas, la combinación de estas modificaciones podría permitir a los EE.UU. reducir el papel de sus fuerzas en Europa y particularmente disminuir sus efectivos merced a las perspectivas que brindan las armas provistas de un sistema de conducción de alta precisión. Sin embargo, la determinación de un nivel conveniente de los efectivos americanos así como las modificaciones que haya que introducir en la organización de las fuerzas suponen claramente problemas que deberán ser debatidos por América y sus aliados antes de ser discutidos con la URSS. No parece ser posible, en un futuro próximo, proceder a retiradas de tropas americanas en gran escala sin comprometer gravemente tanto la disuasión como la defensa de Occidente. Si se quiere mantener Europa occidental como frontera de Occidente y como prenda de la seguridad americana, no hay otra elección que el compromiso militar permanente de los EE.UU. en esta región. Concebido por sabios y clarividentes dirigentes americanos, este compromiso hacia Europa occidental traduce el interés permanente de los EE.UU. de asegurar en ella un equilibrio político-militar razonable con la URSS. La impresión de distensión que actualmente se siente no debe hacerlo ver como un anacronismo y no exige ni merece un abandono.